

## UNA CARTA LITERARIA DE ROMERO LOZANO

Buga, 7 de marzo de 1930, fiesta de Santo Tomás de Aquino, patrono de los colegiales.

A Jesús Estrada Monsalve, en Bogotá, y Colegio Mayor del Rosario.

Poeta hermano:

Venciste mi justa curiosidad de saber nuevas del reducido grupo de compañeros en cuyo ambiente de simpatía y de cultura me movía, meses há, con gozo y desenfado.

Juzgaste que sólo me interesaba saber de tí en lo que se relaciona con tu persona— ya va siendo personalidad intelectual—, cuyo proceso me fue dable seguir en su etapa más decisiva y fecunda.

Y me has enviado un extracto de tu esencia lírica en la fase más reciente de su progresivo desenvolvimiento.

Al través de las mallas que le tejiste al crepúsculo, te has dejado traslucir todo entero y al calor de tu propia luz he reavivado nuestra plácida y fraternal convivencia, sus horas más memorables, sus impresiones más gratas, sus enseñanzas más preciosas. Lecturas nocturnas, confidencias íntimas, retozos pueriles, *estratégica* excursión al Salto, sabrosos esparcimientos en la Quinta de Mutis, ingenuos parlamentos del año 27 desfilan en mi memoria como menudo polvillo en un rayo de sol. Qué más necesitaba? ¿Qué me importaba ya saber de tu salud, de las circunstancias que te rodean este año, del aspecto que en mi ausencia presentan los hombres y las cosas, si sé de tí, de lo más valioso que hay en tí?

Creo en las coincidencias del corazón. ¿Por qué, si no, al salir una tarde de marzo a descansar de las tri-

bulaciones que me acosan, me acompañó tu visión crepuscular, llegada ese mismo día? Esa tarde tuve algo que agregar a mis paseos vespertinos. Llevaba conmigo una lente prismática para mejor apreciar el paisaje más fascinante y completo, a mi entender, que ofrece el Valle del Cauca desde las lomas de la Cruz, suaves colinas que enmarcan a Buga por el noreste.... ¡Cómol ¿Estaba mirando con tus ojos? ¿O era que tu visión usurpaba la realidad? Sobre el regazo turquí de la cordillera opuesta iba guardando el sol, poco a poco, las «hebras» de su luz y los «hilos» de sus reflejos. No parecían aún tan «lúvidas» aquéllas ni tan «extenuados» éstos, porque una paleta invisible ponía toques de oro, rosa y violeta sobre la mancha del ocaso. Y perdóname esta importuna degradación: hasta en el orden técnico resulta exacta tu reproducción lírica. Es a la hora del crepúsculo cuando podemos distinguir mejor la luz que se refracta de la luz que se refleja.

Al advertir la «madeja», se me vino una reminiscencia de Darío. ¿Te acuerdas de la Dulzura del Angelus.... «el áureo *ovillo* vespertino que la tarde devana tras opacos cristales?» Este cotejo de imágenes serviría para fijar los orígenes e influencias de tu estro, tarea reservada a la crítica de semejanzas que con tanto brillo ejerce nuestro amigo Juan Manuel (Que de Valencia goce).

¿Sabes lo que más hirió mis íntimas fibras? Ese «anhelo—como el ansia divina de una nave distante—que se apresta a la busca del país del consuelo». Si la misión poética consiste en sugerir estados análogos de espíritu, tú eres, para mí, un poeta *comprobado*. Jesús: demorarme en señalar y glosar otros rasgos de tu *carta*—y me como las manos por hacerlo—si bien te demostraría cómo la gusté sorbo a sorbo, también te haría pensar que tu misiva—tan cordial en su ausencia de cumplidos y noticias—había encontrado a su término no

un corazón amigo sino las ahumadas gafas de un crítico adusto.

No quiero seguir, pues, deshojando, con mi habitual torpeza, la delicada rosa que arrancaste para mi regalo en el ruedo que circunda la torva efigie de Fray Cristóbal.

El paisaje de tu soneto tiene la luna en menguante. La que ví esa tarde, hace cuatro días, ya estaba en creciente. Son pequeñas ironías de la naturaleza. Desde la nave distante que busca, en vano, las playas consoladoras, izo las velas de mi recuerdo agradecido.

Hasta luégo.

ARMANDO ROMERO LOZANO

---

## CREPUSCULO

Ya la lívida hebra de una luz peregrina,  
ora el hilo extenuado de un reflejo muriente,  
va guardando la tarde su madeja doliente  
sobre el hondo silencio de la vieja colina.

Ya la boca sin sangre de la abuela termina  
su dorada leyenda, y en el sueño inocente  
de los nietos desfila la bandada sonriente  
de los duendes alevos y del hada madrina.

Baja un célico ritmo de emoción, un anhelo  
como el ansia divina de una nave distante  
que se apresta a la busca del país del consuelo....

Es la mística hora y es el íntimo instante  
en que ya, de las aguas melodiosas del cielo,  
zarpa el casco lejano de la luna menguante.

JESUS ESTRADA MONSALVE